



Poéticas del Rock: Una mirada a otra forma de la literatura

Juan Antonio Agudelo Vásquez

Jefe Extensión Cultural Universidad Eafit, gestor y periodista cultural, jagude41@eafit.edu.co

... Comencé a pensar en William Shakespeare, la gran figura literaria. Quiero pensar que él mismo se consideraba un dramaturgo. El pensamiento de que estaba escribiendo literatura no podía haber entrado en su cabeza. Sus palabras fueron escritas para un escenario. Pensadas para ser habladas, no leídas.

[...]

Apostaría que lo más lejano en la cabeza de Shakespeare era la pregunta “¿Es esto literatura?”

[...]

Pero, como Shakespeare, estoy a menudo ocupado con la búsqueda de mis esfuerzos creativos y haciéndome cargo de todos los aspectos mundanos de la vida. “¿Quiénes son los mejores músicos para estas canciones?”, “¿estoy grabando esto en el estudio apropiado?”, “¿está esta canción en la nota adecuada?”. Algunas cosas nunca cambian, incluso en 400 años.

Ni una vez he tenido tiempo para preguntarme a mí mismo, “¿Son estas canciones literatura...?”

Fragmentos del discurso de Bob Dylan para la entrega del premio Nobel de literatura 2016.

Un sector convencional del quehacer literario niega el valor poético y metafórico que esconden muchos cantautores del rock. A pesar del desprecio este género ha suscitado en los últimos cincuenta años momentos de esplendor y de referencia, que a día de hoy deja su impronta en la llamada alta literatura. De Hubert Selby Jr. a Jack Kerouac, de Allen Ginsberg a William S. Burroughs o de Haruki Murakami a Kazuo Ishiguro, estos autores han establecido una relación de ida y vuelta con los paisajes y la estética del rock. La producción literaria de autores como Bob Dylan, Jim Morrison, Nick Drake, Laurie Anderson, Townes Van Zandt, Diamanda Galás, Nick Cave, Nico, Tom Waits o Patti Smith, han resistido y rebasado el paso del tiempo, al punto de que la crítica literaria más exigente ha aceptado que allí puede habitar un filón nada despreciable del

arte literario. Este texto intenta aproximarse con un breve recuento a esas referencias, sin ningún ánimo de justificar la valía, que ya es evidente en sus novedosos giros, historias y, por supuesto, en su ropaje instrumental.

En la *Salvación del Rock*, un poema de Patti Smith, se afirma: “...Como la escultura, el rock es el cuerpo sólido de un sueño, es una ecuación de voluntad y visión...”.

Si bien hablaremos de una particularidad que no ha sido la constante en el rock como género musical de masas, hoy atrapado y agónico, habitando desde hace décadas el acomodo en las fauces de las estrategias del mercado, es preciso señalar que a lo largo de su historia y la de sus raíces inspiradoras, un segmento amplio de artistas han

legado una obra nada despreciable que permite hablar con argumentos suficientes del rock como voz y aporte a una evolución literaria y poética, novedosa y de riesgo.

María José Rague Arias en su libro *Los movimientos pop afirma*: “La esencia de la música rock, por más que incluya la comercialización, fruto de una sociedad de consumo, no se halla en la industria discográfica, sino en constituir una de las principales manifestaciones de la protesta contracultural”.¹

En esa relación entre lo literario y lo musical, que es lo que hoy nos convoca, se debe procurar una distancia del ideal que tenemos como seguidores de esta música, pero también de la literatura, intentar dar un lugar justo a esas particularidades de las que se ha servido el rock para entregar obras de trascendental belleza poética. En el mar de nombres que ha engendrado el rock y a la altura de este tiempo, no son pocos los autores que nos permiten argumentar la evidente existencia de esa arista y posibilidad literaria, que poco a poco se ha hecho un lugar de respeto, por supuesto lejos de los puristas y ortodoxos, que le miran con descrédito e incredulidad.

El rock como ropaje de la poesía

La poesía prestó una de sus dermis a las noches de una abrupta década. Fue el melindre de una guitarra y el premonitorio sonido de una batería los que dieron origen a un lenguaje insondable: el rock. Esa conversación con el demonio en *Me And the Devil*, de Robert Johnson en los años treinta, o mucho antes Bessie Smith con *Empty Bed Blues* y las canciones de otros grandes de este género, ya prefiguraba vitales y reveladores giros poéticos con una capacidad singular para la crónica, la ficción o para describir la condición humana. Solo pocos, treinta años después y en el tiempo sucesivo al surgimiento del rock, varios compositores continúan condensando una obra en la cual la música es solo un ropaje para abrigar historias con calibre literario. Pero esos pocos, hoy ya son un número notable que está en el imaginario de la escena literaria, tanto como en la de la música.

Ese sector del rock, quizás más marginal, no se resignó a las condiciones industriales de estandarización, de trucos y de mercado. Ha confeccionado su propia poesía, no necesariamente porque la haya leído, en parte de los poetas románticos del siglo XIX y de la generación de poetas Beat como Delmore Schwartz, Allen Ginsberg, Jack Kerouac, William S. Burroughs, Lucien Carr, Gregory Corso, Lawrence Ferlinghetti o Peter Orlovsky, sino porque tomó el riesgo de escribirla desde sus propias vivencias, imprimiéndole su rúbrica. Y no solo se ha valido de la literatura, también se ha dejado permear de otras artes afines como el teatro, la fotografía, el cine o la pintura.

Sin embargo, William Burroughs advierte: “¿Y qué come la máquina monetaria para transformarlo todo en mierda? Se come la espontaneidad, la vida, la juventud, la belleza y, sobre todo, se come la capacidad de crear. Come calidad y caga cantidad”.²

En esa música de “Frustrados e insatisfechos en busca de una panacea” como lo afirmó alguna vez Pete Townsend de The Who, muchos encontraron también la poesía y la literatura con el ropaje adicional de la música. Pero otros como Frank Sinatra, veían en el *Rock'n'roll* “una farsa tocada habitualmente por cretinos” y en esa línea se encontraba el consejo de ciudadanos blancos de Alabama cuando afirmaban “que era un medio para rebajar al hombre blanco al nivel de un negro” o el *New York Times* en su momento cuando la tildó de “enfermedad contagiosa, por lo que debemos estar prevenidos”.³

De negacionistas y otros intransigentes

Ni qué decir entonces de los puristas y ortodoxos de las artes, pero, sobre todo, de la literatura, que en nuestro entorno pululan a granel, y que con argumentos anodinos hacen su papelón de negacionistas, aquí y allá dan la espalda o se hacen los desentendidos cuando Bob Dylan recibe el Nobel de Literatura, Leonard Cohen el premio Príncipe de Asturias de las Letras, Patti Smith el Nacional de Literatura de Estados Unidos; cuando Diamanda Galás canta y musicaliza

¹ Tomado de: Eduardo Haro Ibars, *Gay Rock* (Madrid: Ediciones Júcar, 1975).

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Ibid.

con maestría los poetas románticos franceses tanto como los actuales, cuando a Nick Cave se le reconoce por la consistencia de las letras de sus canciones y de sus novelas, cuando Lydia Lunch relata con desgarrador ingenio la sociedad actual o cuando el rapero Kendrick Lamar es reconocido con el Pulitzer de literatura por el conjunto de sus letras en su álbum *Damn*.

Con mayor contundencia Umberto Eco concluye: “Se ha llegado a un punto en que, eligiendo como objeto de interés estético aquellos objetos banales que pasaban inadvertidos en la sociedad de consumo, el arte pop nos ha permitido encontrar en ellos cierta belleza”.⁴

“Esa música del demonio” como la describió David Bowie, otro poderoso escritor de canciones a quien en sus propias palabras no le interesó glorificar el *rock'n'roll*, fue consciente de que en esa escena “... un artista no puede decir más de un par de cosas interesantes...”, pero también que “...éste es una forma efímera de la cultura, que cada cosa dicha es cuestión de repetirla. El *rock* va con tres años de retraso con respecto al arte, se aprovecha de sus restos...”, pero igual concluye poco después que “...lo que conocemos hoy como *rock*, no se parece al *rock 'n' roll* que la gente dijo que no sobreviviría”. Por supuesto, una buena porción de su esencia ha sido domesticada, descafeinada y banalizada por la industria entre trucos, escándalos, maquillaje, luces y empaques estrafalarios para camuflar su lado más pueril.

Sin embargo, hoy nos referimos a ese otro sector que sigue resistiendo y generando una obra literaria valiente, que procura asombro entre la propia musicalidad del poema y los ropajes instrumentales. No precisamente desde la pretensión de estar en las altas esferas del arte literario, musical o de la cultura, inclusive sus instantes y pasajes más memorables tienen que ver con el minimalismo, ahorro y precisión de las ideas, más que cuando deliberadamente buscan esa capa ampulosa que le termina asfixiando y devorando.

Tampoco aquel arte y literatura con pretensión purista y engreída es en todo caso el

que sobrevivió a su tiempo. Terminó siendo también parte de dinámicas industriales de consumo y deshecho como lo es el *rock* en general, una valía cocinada e inflada entre las estrategias del mercado. Así que hoy, en el caso de la literatura *rock*, sería mejor hablar con las palabras de Leonard Cohen, cuando hace una invitación a ser y auto-nombrarse como un obrero de la canción.

Alma de poeta

Una cosa es tener alma de artista y otra, muy distinta, ínfulas. Esto va para ciertos cantautores y para tantos escritores a los que solo les basta la pose para creer que lo son, tan solo por vivir entre las pasarelas del mutuo elogio y la edición desmedida, sin atisbo de autocritica alguna. Para alguien con alma de artista, su vehículo o punto de apoyo para expresar su “*ethos*”, es sin pudor, el detritus y su habilidad para reciclarlo en ideas contundentes de literatura poética, esto lo hace creíble y original. Bruce Cook publicó *La Generación Beat* y Richard Goldstein *La Poesía Rock*, textos que contienen en común el convencimiento de que muchas canciones de *rock* poseen tanto o más valor poético que el de cualquier poema proveniente de las recalitrantes huestes de la literatura y que se ofrecen en el mercado como gran suceso de la poesía.

No solo Cook y Goldstein han estudiado esa relación entre literatura, poesía y *rock*. A lo largo de estas últimas décadas surgieron otros investigadores y escritores, que con juiciosos y críticos análisis nos han develado los escenarios y la justa medida de importancia, de los frutos que de esta relación han surgido. Simon Reynolds, Antony de Curtis, Greil Marcus, pero diría que sobre todo Mark Fisher profundizaron en su amplia obra, compuesta no solo de crítica musical, sino de concienzudos estudios sociológicos, filosóficos y epistemológicos, sobre el impacto de este fenómeno musical y su particular influencia e inspiración, de ida y vuelta, entre la literatura y el *rock*. En *Post-Punk Then and Now, K-Punk Vol. I y II*, da cuenta de la influencia que ejerció la música como objeto de su obra y de su vida.

Impensable quizá para muchos, en los últimos veinte años se ha afianzado la presencia e influencia del *rock* en la literatura. Es decir, cada vez se pueden encontrar con mayor frecuencia giros, formas literarias, guiños y trasfondos sonoros en los más selectos pasajes de la alta literatura. Si en los cincuentas, sesentas y setentas el *rock* se había servido del legado de Rimbaud, Verlaine, Baudelaire, William Wordsworth, Samuel Taylor Coleridge, Yeats, Oscar Wilde o más recientemente de Jean Genet y Bukowsky, hoy un sector relevante de la literatura y la poesía incluye sus historias de vértigo, velocidad y alucinación cinematográfica como parte esencial para desarrollar sus ideas. Allí comienza a surgir un reconocimiento, un cierto respeto, y poco a poco los detractores con ceja levantada y todo, van quedando rezagados en sus viejas concepciones de lo que puede ser un camino de renovación para la literatura. Es posible que las nuevas generaciones de lectores lo hayan propiciado, pero también que ese pequeño segmento de cantautores que vio en el *rock* un vehículo de literatura y poesía haya alcanzado un grado de madurez en su obra.

Ya Allen Ginsberg había proclamado a mediados de los sesenta que “el centro de la conciencia universal se había trasladado a Liverpool”.⁵ Parece que no fue poca cosa lo que percibió el visionario escritor norteamericano, cuando decidió ir allí para ver con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo con los Beatles y otros grupos. Buen amigo de Bob Dylan, Allen Ginsberg definió inquietudes similares alrededor de lo humano, el sentido de la existencia, la espiritualidad, la guerra, la patria, entre otros. Su visita a la Inglaterra de los sesentas es un atisbo claro de que ya la poesía caminaba a menudo de la mano con el *rock*.

La onda sísmica del movimiento Beat norteamericano alcanzó otras latitudes. En Holanda la obra del escritor Jan Cremer, es habitada a menudo por atmósferas interiores donde no faltan las canciones de Fats Domino, Elvis Presley y la radio como elemento transformador de una generación. Sin ir más lejos, en Colombia los Yetis cantan algún poema de Gonzalo Arango. Era el tiempo y búsqueda de un modelo de

vida ejemplar, emulada de los alucinógenos, que encontró en los escritores Ken Kesey y Nel Cassady, amigo de Jack Krouac, sus grandes difusores y en grupos como Grateful Dead, Jefferson Airplane o Zombies su impacto en la música.

El movimiento Beat intentó en sus inicios un maridaje su identificación con esa cierta esencia ilícita del *Jazz*, su mundo de crímenes, sexo, drogas y violencia, era parte de la materia prima de sus obras. En un periodo Kerouac propuso “Poesía con *Jazz*”, donde los escritores subían al escenario a leer sus poemas con el acompañamiento de un bajo o cualquier instrumento inherente a este género, lo cual no tuvo mucha resonancia. La lectura pocas veces conectaba con las notas instrumentales y la compenetración del lector con la música era un fiasco. Las libertades del *jazz* no eran suficientes ni coincidían con las de las lecturas Beat.

Con el *rock* encontraron mayor empatía y adaptación, adquiriendo con el tiempo la fluidez y festejo que daría naturalidad y larga vida a ese maridaje. Una idea remozada del juglar recuperaba aquí el concepto de la poesía como canción, accede a los escenarios, y entonces el *rock* hace lo suyo con expresividad de cuenta de la impronta poética. Una nueva percepción y manera de expresar se concertó con un sector de la juventud ávida de este tipo de sinergias.

Vendrían, entonces, otros escritores tratando de seguir este camino, Tuli Kupferberg, poeta anarquista que pertenecía a la llamada “Escuela de Nueva York” y que contribuyó a la fundación del grupo The Fugs con poemas que no negaban lo escatológico o pornográfico y que terminaron como parte del cancionero del grupo.

“Quiero que forniche como un ángel / cocine como el demonio/ se mueva como una bailarina/ trabaje como una yegua/ sueñe como un poeta/ se deslice como un arroyo de montaña”. Esto cantaban The Fugs en su canción *Superchica*. La música para ellos era tan solo el fondo de sus poemas. Así se fue generalizando y además de la poesía Beat, otros de corte clásico

⁵ Citado en: David R. Axelrod y Greg Vines, *La historia del Rock'n'roll* (Vol. 1 al 10), video documental, Warner Brothers, 1995.



como Ezra Pound, Safo, entre otros, pasaron por las pinceladas instrumentales del *rock*.

⁶ Ibid.

⁷ María Zentner, “Ya no podemos entender la realidad”, *Página 12*, 20 de octubre de 2017, <https://www.pagina12.com.ar/70049-ya-no-podemos-entender-la-realidad>.

La aproximación y el amor a la literatura de Bob Dylan, en su paso efímero por la Universidad, le prodigó una conexión, entre otros, con los poetas románticos, lo cual se ve reflejado y capitalizado en gran parte de su obra, alcanzando una rúbrica propia en su narración del devenir universal y trágico del hombre.

Muchos años antes de decidirse a incursionar en la canción, Leonard Cohen ya había escrito nueve poemarios y dos novelas que han superado el paso del tiempo y de la crítica literaria más rigurosa. Al respecto comentaba alguna vez

Siempre hay una guitarra invisible detrás de toda mi obra, ya sea en lo que “ellos” llaman prosa o en lo que “ellos” llaman poesía, que son distinciones que yo nunca he hecho. A veces los poemas nacen de la música; otras veces, la música nace después de los poemas, y también hay veces en que las palabras vienen reclamando una música para completar su perfección.

En realidad, nunca he hecho distinción entre lo que llamamos poesía y lo que llamamos canción. Era una especie de expresión que se imponía con belleza, ritmo, autoridad y verdad. Todas esas ideas estaban implícitas. Daba igual que Fats Domino cantara: “Lo que me estremece está en Blueberry Hill”, o que Yeats dijera: “Solo Dios podría amarte por ti misma y no por tu pelo rubio” —“For Anne Gregory”, 1933—. Yo no hacía ninguna distinción entre la expresión popular y la literaria. No establecía ninguna jerarquía. Nos gustaba la música como algo natural. Luego empecé a mostrar verdadero interés por el flamenco.

A partir de la influencia de los poetas de la generación Beat es frecuente hallar ejemplos de cómo las aspiraciones literarias de los grupos o cantantes de *rock* han sido constantes. Los cancioneros de Leonard Cohen, Bob Dylan, Nick Drake, Lou Reed, Jim Morrison, Tom Waits, Nick Cave, David Tibet de Current 93, Peter Gabriel, David Bowie, Tom Verlaine, Kate Bush, Tom Petty, Siouxsie and The Banshees, Steven Stapleton de Nurse With Wound, Nina Hagen, Mark E. Smith de The Fall, Micah

P. Hinson, Jarvis Cocker, entre muchos otros, son una evidencia de ello. Muchos de estos autores, en buena parte de su obra, han logrado un equilibrio, conscientes de que, por lo general, cuando hay un afán desmedido de intelectualizar la canción en exceso, es decir, poetizar su simbología, sus metáforas, sus alegorías, etc. estas se ven resentidas perdiendo fuerza e interés, unas veces en su música y otras en las mismas letras.

El *rock*, un territorio literario

Para muchos autores del *rock*, el lenguaje poético les ha posibilitado una manera de llevar a otro nivel su conexión y expresividad con el público. En un tiempo el lenguaje casi panfletario de denuncia por el constreñimiento del sistema y un deseo de liberación fue la constante, así se convirtió en una expresión de la contracultura. Canciones que provenían de un sentir liberador y a las que se fue incorporando su particular significado del erotismo, del amor y de otras dimensiones de la percepción provistas por las drogas recreativas, no eran otra cosa que la contra respuesta a la gazmoñería de un sector de la sociedad que no tenía como ser un referente moral. No comprendían que a veces en sano juicio la vida es insostenible y que requiere abrir otras “puertas de percepción”, tal como lo definió Aldous Huxley⁶. Luego este lenguaje se fue refinando y en el camino encontró formas de escritura afines a la narración literaria y poética.

En 2017, la artista Laurie Anderson decía a la prensa argentina:

No creo que las palabras sean suficientes. El mundo está lleno de cosas que son muy difíciles de poner en palabras y que sólo una imagen puede describirlas en su profundidad. Hay imágenes tan simples en las que se puede caer de un modo completamente sensual y cargado de sentidos. Un cielo celeste, por ejemplo. No es necesario pensar imágenes muy complicadas.⁷

Una nueva generación de cantautores ha ido un paso adelante en la superación de ese carácter rupturista del lenguaje del *rock* y la impronta poética asumiendo este con

mayor conciencia. Es quizá por ello que ya no suena descabellado que cierta estética y atmósfera que envuelve las historias y los textos provenientes del *rock* haga presencia en las últimas décadas en los relatos de importantes autores contemporáneos, tal como lo señalábamos inicialmente. Esto se hace evidente en la novela de Haruki Murakami *Baila, Baila, Baila*, en el vértigo que imprime Ray Loriga en *Tokio ya no nos quiere*, en *Nocturnos* “Cinco historias de música y noche” de Kazuo Ishiguro, donde el hilo conductor es la música, al igual que en muchos pasajes de las obras de Roberto Bolaño que transpiran la sordidez de personajes que parecieran extraídos de las catacumbas del *rock*, o en los de Stephen King y Neil Gaiman, quienes no tienen reparos en admitir esa impronta. Ese inconsciente colectivo ya se hace presente y espontáneo en la escena de la gran literatura actual.

Hoy, un amplio grupo de lectores jóvenes de menos de cuarenta años tienen, entre la diversidad de sus lecturas, aquella literatura que emana de los insumos rústicos que ayudan a gestar las letras del *rock*. Líneas que en muchas ocasiones se aprenden de memoria con la misma mística que los letrados de antaño memorizaban los sonetos de sus pasajes poéticos favoritos. Las citas y epígrafes literarios hoy pueden provenir con facilidad de una canción del *rock*, muy a pesar de ese sector de autores que han decidido continuar en su panóptico de libros e imágenes, del que se niegan a descender y donde solo podrán ver a su modo un producto de masas, frívolo, monótono y homogenizado.

Tal como lo describe Bruce Cook, para esta nueva generación de lectores, las letras de las canciones —ya sea vociferada, aullada, rugida o gemida a través de los micrófonos, altoparlantes o los medios de difusión pública—, tienen la misma importancia absoluta, más que lo que cualquier auditorio le ha otorgado a la poesía y a la literatura. Estas últimas generaciones de jóvenes y, por supuesto, de músicos se han percatado de la banal intelectualización de muchos de los textos, se usa y se abusa de ellos en publicidad, se hace un *rock* contestatario, así como también hay una poesía

en ese sentido; se canta en las iglesias, pero también hay un buen segmento de esa producción que deviene en estetizantes metapoéticas y experimentales giros con poderosa abstracción literaria, donde en esa analogía entre canción y poesía, solo se percibe una desvanecida línea delgada. Los otros usos son la evidente y descarada penetración para influenciar la mente de cualquier consumidor desprevenido.

Lou Reed afirmaba alguna vez

Siempre creí que mis letras iban más allá del reportaje y que adoptaban posiciones, aunque no morales, sí emocionales. En las primeras letras esto a menudo se interpretó como una celebración o una glorificación de lo que generalmente se consideraba pecado. Conductas y acciones pecaminosas que no recibían su castigo. Que esto ocurriera en una grabación ya se consideraba pecaminoso en sí mismo. Un mejunje sonoro de pecados. Esto sumado al respaldo de Andy Warhol creó una mezcla explosiva.⁸

John Lennon, por ejemplo, decía: “Yo canto mi poesía, lo considero poesía, simplemente la canto. No hay tiempo para leerla, pero hay tiempo para escucharla”⁹. Esa búsqueda es llevada a otros confines del sentido y la percepción por cantantes como Diamanda Galás, que no solo interpretan su propia obra, sino que al lado de su repertorio ponen en el mismo nivel de importancia poética la obra de Nerval, de Baudelaire, Pasolini, Vallejo o Pavese con los legendarios bluseros de principios del siglo XX. Un ejemplo más afín a nuestra experiencia es la perfecta conjunción que procuró Joan Manuel Serrat con la obra de Miguel Hernández y Antonio Machado, Paco Ibañez con los poemas de Quevedo, Góngora, Celaya, León Felipe, Lorca, Gil de Biedma, Gloria Fuertes, entre otros; y Amancio Prada con los de Rosalía de Castro, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, etc. Relaciones valiosas entre poesía y música.

El *spleen* de Baudelaire, las largas jornadas por Abisinia de Rimbaud, el ampollado amor de Sade o la alegre tristeza de los Blues, fueron retomados por vociferantes voces, que nos afirman que la poesía es esa vida hecha a contramano y no la fatua

⁸ Anthony De Curtis, Lou Reed. *Una vida* (Barcelona: Editorial Planeta, 2019).

⁹ John Lennon y Yoko Ono, *Plastic Ono Band: in their own words & with contributions from the people who were there* (New York: Weldon Owen Editions, 2020).

¹⁰ David R. Axelrod y Greg Vines, *La historia del Rock'n'roll*.

palabra con la que algunos se unieron y se proclamaron poetas. Nunca han sido muchos los nombres que decidieron renunciar a las lentejuelas y a la prosopopeya para abrigarse y acompañarnos con una palabra más perdurable y calurosa que la fama: la poesía.

La trivialización de la educación, de la formación intelectual y la ausencia de un criterio que permita un pensamiento crítico, en parte tienen su origen en un amplio sector de la radio, la televisión, la publicidad, los *magazines* o la internet. Esto ha afectado y ha impregnado de pasividad esa búsqueda curiosa de diversas formas de lectura del mundo, entre ellas la literatura y la música. Pero ahí quedan las canciones, a través de ellas la poesía, que en su audición repetitiva van consiguiendo en parte de ese espíritu de la época un sentido y un referente de nuevas formas de escuchar y leer la literatura.

El acceso al *rock* se transmitía a través de un disco y a la literatura por medio de libros, ahora esto, además, se ha ampliado al inconmensurable mundo de la internet. En este momento la poesía se graba en discos y el *rock* (sus letras) se edita en libros, pero también existen las redes sociales como *YouTube* y otra cantidad de plataformas que están a la mano de cualquier curioso desprejuiciado.

El *rock* es poesía cuando, a partir de la obsolescencia de algunos elementos que otras artes desechan, es capaz de renovarlos, permitiendo que emerja una obra novedosa. Hoy Poesía y *Rock* conviven a menudo en los mensajes: el tono que emplean y las temáticas que tratan, el *rock* ha conseguido con ejemplos claros sutileza y capacidad de abstracción de una poesía que suele ser mucho más sutil sobre sus focos de interés, que ya no solo van sobre la rebeldía, las libertades sexuales, la violencia, los llamados de un sistema a ser triunfadores o sus valores de riqueza, la inquietud por el amor y las relaciones.

Más adelante en el poema *La salvación del Rock*, Patti Smith continúa

Acastañada en el espacio, Zeuz, Cristo. Eso ha sido siempre el *rock* y eso seguirá siendo. Dentro del contexto del neo *rock* debemos abrir nuestros ojos y arrancar el velo de humo que el hombre llama orden. La contaminación es un resultado de la ineptitud humana para transformar el desperdicio. La transformación del desperdicio es quizá la preocupación más antigua del hombre.

Se habla a menudo de la muerte del *rock*, también de la agonía de la poesía, y la que realmente está atribulada es la industria, y con ella, aquel otro sector de músicos y escritores que, en su afán de fama, obedecen a trucos y estrategias de estandarización de cualquier idea con esencia y sustancia, la cual siempre termina ablandada. Si bien, esa relación entre poesía, literatura y *rock*, insisto, no ha sido ni es una constante, existe un vigor poético en la música de una inmensa minoría de artistas que defienden su lugar y quehacer, es decir ese pequeño grupo de creadores que hoy nos ha convocado a este encuentro.

“De eso se trata el *rock'n'roll*: de interpretar todos los sentimientos hacia otros, solo entonces las canciones viven. Viven y respiran”, afirma Polly Jane Harvey.¹⁰

